



“Y allí dentro está la voluntad que no muere. ¿Quién conoce los misterios de la voluntad y su fuerza? Pues Dios no es sino una gran voluntad que penetra las cosas todas por obra de su intensidad. El Hombre no se doblega a los ángeles, ni cede a la muerte, como no sea por la flaqueza de su débil voluntad.”

Joseph Glanvill

Hace doscientos años comenzó a latir un corazón que habrían de ensombrecer la incomprensión campante, la profunda amargura y la honda pena. Aquel corazón conoció el mudable halago de las gentes que van de paso en nuestro horizonte y la negación cruel de las personas más íntimas. En una latitud y una época de soez materialismo y vulgar sentido común, aquel corazón volvió los ojos a los paisajes del espíritu y los ocasos agridulces de la fantasía. A aquel corazón frecuentemente enamorado le fue negado el amor frecuentemente. Corazón de un pensador riguroso y lógico, fue el corazón de un soñador que concibió arquitecturas delirantes.

El virtuoso mes de Enero –a decir de Miguel Hernández–, mes del aguacero –a decir de Gorsedd Alberth–, se hizo pensamiento y carne de corazón el aleteo de un cuervo. Edgar Poe, más tarde Edgar Allan Poe, nació en Boston el 19 de Enero de 1809: “Nació allí como podría haber nacido en cualquier otra parte, al azar del itinerario de una oscura compañía teatral donde actuaban sus padres, que ofrecía un característico repertorio, que combinaba *Hamlet* y *Macbeth* con dramas lacrimosos y comedias de magia.” La precisión biográfica la debemos a Julio Cortázar.

Hace unos cien años, en la Italia meridional, escribía Giovanni Papini: “Todos los grandes hombres del mundo –las excepciones son tan raras que no cuentan– han sido también grandes infelices; perseguidos y torturados por la miseria, por la desdicha, por el odio, por la enfermedad, por los hombres, por la suerte. El genio se paga perdiendo todo lo demás, o, por lo menos, gran parte de los bienes.” Y a renglón seguido, destaca: “Poe detenta entre estos desafortunados, una especie de primado de la desventura. Todo estuvo contra él; incluso antes de nacer.” Aquella vida la caracterizó el escritor meridional como la más “extraordinaria” de las novelas del escritor nórdico; mezcla espantosa de lo grotesco, extravagante, patético, fúnebre y horrible.

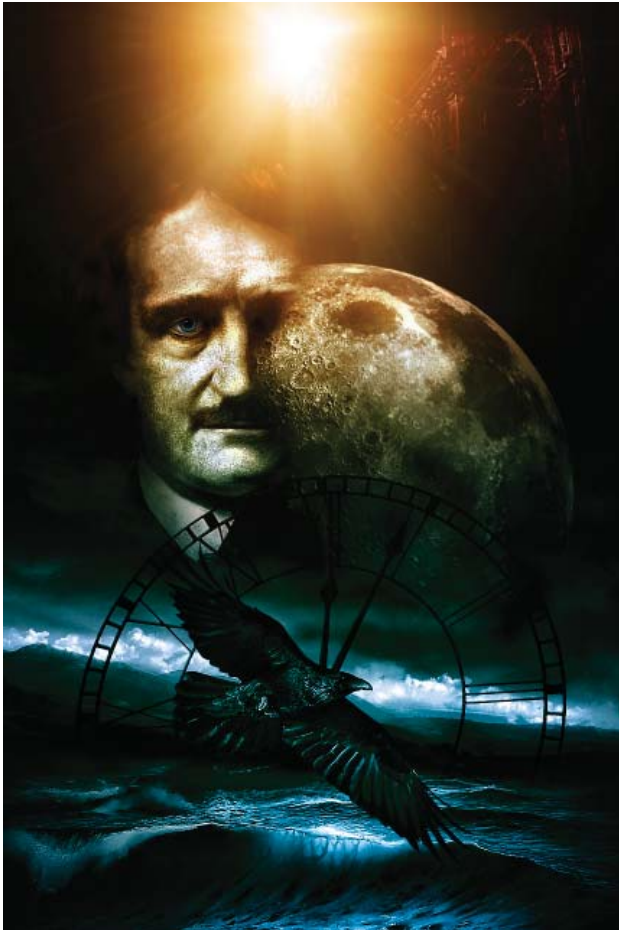
“¡Lamentable tragedia la vida de Edgar A. Poe! –escribió Baudelaire, quien tanto le admirara– ¡Su muerte, horrible desenlace, cuyo horror aumenta con su trivialidad! De todos los documentos que he leído, he sacado la convicción de que los Estados Unidos sólo fueron para Poe una vasta cárcel, que él recorría con la agitación febril de un ser creado para respirar en un mundo más elevado que el de una barbarie alumbrada con gas, y que su vida interior, espiritual, de poeta, o incluso de borracho, no era más que un esfuerzo perpetuo para huir de la influencia de esa atmósfera antipática. Implacable dictadura la de la opinión de las sociedades democráticas; no imploréis de ella ni caridad ni indulgencia, ni flexibilidad alguna, en la aplicación de sus leyes a los casos múltiples y complejos de la vida moral. Diríase que del amor impío a la libertad ha nacido una nueva tiranía: la tiranía de las bestias, o zoocracia, que por su insensibilidad feroz se asemeja al ídolo de __ Juggernaut. Un biógrafo nos dirá seriamente –bienintencionado es el buen hombre– que Poe, de haber querido regularizar su genio y aplicar sus facultades creadoras de una manera más apropiada al suelo americano, hubiese podido llegar a ser un autor de dinero (*a money making author*). Otro –éste un cínico ingenuo–, que, por bello que sea el genio de Poe, más le hubiera valido tener sólo talento, ya que el talento se cotiza más fácilmente que el genio. Otro, que ha dirigido diarios y revistas, un amigo del poeta, confiesa que resultaba difícil utilizarle, y que se veía obligado a pagarle menos que a otros, porque escribía con un estilo demasiado por encima del vulgo. “¡Qué tufo a trastienda!”, como decía Joseph de Maistre.”

En sus cuentos fantásticos, delirantes, misteriosos, visionarios, alucinados, góticos, barrocos, románticos, simbolistas, videntes, Poe lanzó luces opalescentes sobre la humana condición y la belleza. En *El Gato Negro* –cuento que todos hemos leído (y algunos hemos soñado) en la juventud primera– escribe con clarividencia sobre la PERVERSIDAD lo que sigue: “La filosofía no tiene en cuenta a este espíritu; y, sin embargo, tan seguro estoy de que mi alma existe como de que la perversidad es uno de los impulsos primordiales del corazón humano, una de las facultades primarias indivisibles, uno de esos sentimientos que dirigen el carácter de un hombre. ¿Quién no se ha sorprendido a sí mismo cien veces en momentos en que cometía una acción tonta o malvada por la simple razón de que *no debía* cometerla? ¿No hay entre nosotros una tendencia permanente,

que enfrenta descaradamente al buen sentido, una tendencia a trasgredir *la ley* por el sólo hecho de serlo?” Y en otro relato, ahonda: “Esta invencible tendencia a hacer el mal por el mal mismo no admitirá análisis o resolución en ulteriores elementos. Es un impulso primordial, radical, elemental. Nadie que consulte con sinceridad su alma y la someta a todas las preguntas estará dispuesto a negar que la tendencia es absolutamente radical.”

“Ningún hombre... –escribe Baudelaire– ha contado con mayor magia las excepciones de la vida humana y de la Naturaleza, los ardores de curiosidad, de la convalecencia, los finales de estación cargados de esplendores enervantes, los tiempos cálidos, húmedos y brumosos, en que el viento del Sur ablanda y afloja los nervios como las cuerdas de un instrumento, en que los ojos se llenan de lágrimas que no provienen del corazón; la alucinación dejando lo primero sitio a la duda, y muy pronto convencida y razonadora como un libro; lo absurdo instalándose en la inteligencia y rigiéndola como una lógica espantosa, la histeria usurpando el sitio de la voluntad, la contradicción asentada entre los nervios y el espíritu, y el hombre desacorde hasta el punto de expresar el dolor con la risa. Él analiza lo que hay de más fugaz, sopesa lo imponderable y describe en una forma minuciosa y científica, cuyos efectos son terribles, toda esa parte imaginaria que flota en torno al hombre nervioso y le hace acabar mal.”

La concepción de la belleza como un “efecto” está expresada en *The Philosophy of Composition* –traducida al francés por Baudelaire en 1859, y que nosotros seguimos en la traducción al castellano hecha por Cortázar en 1959–: “Cuando los hombres hablan de belleza, no entienden una cualidad, como suponen, sino un efecto; se refieren, en suma, a esa intensa y pura elevación del *alma* –no del intelecto o del corazón– ..., y que se experimenta como resultado de la contemplación de lo bello.” En ese sentido cabe llamar la atención de un rasgo eminentemente romántico que Poe comparte con otros escritores cercanos por su filosofía y excesos, como Byron y Shelley, que Baudelaire notara tempranamente y que acaso también él padeciera: “Los personajes de Poe, o más bien el personaje de Poe –el hombre de facultades sobregudizadas, el hombre de nervios relajados, el hombre cuya voluntad ardorosa y paciente lanza un reto a las dificultades, __ aquel cuya mirada se clava con la rigidez de una espada



sobre objetos que se agrandan a medida que él los mira- es Poe mismo. Y sus mujeres, todas dolientes y luminosas, muriendo de males extraños y hablando con una voz que parece música, son él también, o, cuando menos, por sus raras aspiraciones, por su saber, por su melancolía incurable, participan mucho de la naturaleza de su creador. En cuanto a su mujer ideal..., se revela bajo diferentes retratos, esparcidos en sus poesías demasiado escasas, retratos, o, mejor, modos de sentir la belleza, que el temperamento del autor aproxima y confunde en una unidad vaga, pero sensible, en la que vive más delicadamente acaso que en otra parte ese amor insaciable de lo Bello, que es su gran título; es decir, el resumen de los títulos que él posee al efecto y al respeto de los poetas.”

Poe, como Baudelaire y los poetas simbolistas, pide a la Poesía que cree un mecanismo mágico que permita el acceso a la belleza, a la contemplación de lo Bello. Mallarmé, heredero de Poe y Baudelaire, declara, iluminando un sendero posible: “La Poesía es la expresión mediante el lenguaje humano, llevado a su ritmo esencial, del sentido misterioso de los aspectos de la existencia: dota así de autenticidad a nuestra estancia y constituye la única tarea espiritual.”

De “nuestra estancia”, es decir, de nuestra vida terrena y la inmortalidad –conjunción de la Belleza y la permanencia del alma o de la palabra–, escribe Poe: “Todas las cosas son buenas o malas por comparación. Un análisis suficiente mostrará que el placer, en todos los casos, es tan sólo el reverso del dolor. El placer *positivo* es una simple idea. Para ser felices hasta cierto punto, debemos haber padecido hasta ese mismo punto. No sufrir nunca sería no haber sido nunca dichoso. Pero se ha demostrado que en la vida inorgánica no puede existir dolor; de ahí su necesidad en la orgánica. El dolor de la vida primitiva en la tierra es la única garantía de beatitud para la existencia definitiva en el cielo.” Quien así habla con voz apenas audible, débil, opaca, es un hipnotizado en trance de muerte; al final del relato, –clasificado por Cortázar como “metafísico”–, leemos: “Su frente estaba fría como el hielo. Parecía haber sufrido una larga presión de la mano de Azrael [el Ángel de la Muerte entre judíos y musulmanes]. El hipnotizado durante la última parte de su discurso, ¿se habría dirigido a mí desde la región de las sombras?”

De ser ciertos los preceptos metafísicos expuestos por el viajero cautivo en el trance mismo de la muerte, cabe augurar al Poeta la mayor de las dichas, pues *“para ser felices hasta cierto punto, debemos haber padecido hasta ese mismo punto.”* En aquel escrito centenario acotaba Papini: “Edgar Poe fue un hombre que tuvo, entre otros muchos síntomas del genio, el de no haber conocido, ni un solo día, la serenidad de la paz.”

Para nosotros, lectores venezolanos, el nombre de Edgar Allan Poe está infinitamente vinculado al nombre de otro gran desdichado: Juan Antonio Pérez Bonalde. *El Cuervo*, poema en que el bardo septentrional vierte “su alma melancólica y en extremo sensible”, es traducido por Pérez Bonalde en una versión afamada y admirable, “la más poética de las existentes en castellano.”

Antes de considerar los versos de *El Cuervo*, permítasenos detenernos un instante en la estampa que Edgar Sanabria nos pinta del último aliento de Pérez Bonalde, y apreciemos las fatales correspondencias entre ambos desdichados: “Una glacial tristeza ha invadido su espíritu... Sólo una nota triste, reflejo de su alma, de tarde en tarde escapa de su pecho. Cada día, como si presintiese la llegada de la que no olvida ni perdona, se reconcentró más dentro de sí mismo, hasta que al cabo rendido al peso

de su suerte adversa, vencido cae el soñador sin vida. En llegando a la muerte, el gran rebelde, el bardo de la duda, del dolor y la desesperanza, alcanza al fin la ansiada calma, la anhelada paz.” Pérez Bonalde murió un __ atardecer melancólico de Octubre de 1890; murió bajo techo ajeno, mísero, triste, solo; “moría -apunta Sanabria- dentro de la mayor indiferencia de sus conciudadanos, el más alto poeta lírico que hubimos en la segunda mitad del siglo precedente...” Al trazar las vidas paralelas de estos visionarios, diríase mirar en espejos humeantes que mutuamente devuelven sus reflejos.

La edición príncipe de *El Cuervo* se publicó en las páginas del *New York Mirror* un invernial 29 de Enero de 1845. La traducción que del poema hace Pérez Bonalde tiene la musical propiedad de un conjuro, quintaesencia y evocación de la melancolía, la belleza terrífica y el sereno espanto. “Poeta congenial del sombrío Poe, en forma melodiosa y armónica tradujo en su espíritu íntegro y en todo su colorido *El Cuervo*.” La traducción de Pérez Bonalde no sólo conserva la idea nuclear del poema sino que logra la cadencia seductora y el ritmo del original inglés, toda vez que preserva su fúnebre atmosfera.

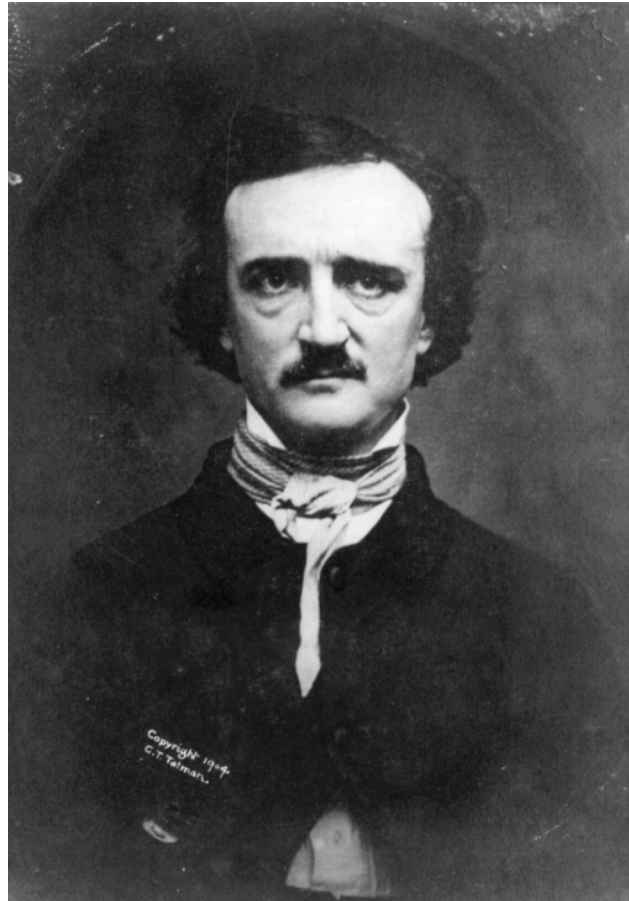
Aquí sentimos estar de más... Dejemos a los aedas verter en nuestras almas la escena postrera del Poema:

“Y aún el cuervo inmóvil, fijo, sigue en la escultura,
sobre el busto que ornamenta de mi puerta la moldura...
Y sus ojos son los ojos de un demonio que, durmiendo,
las visiones ve del mal:
y la luz sobre él cayendo, sobre el suelo arroja trunca
su ancha sombra funeral;
y mi alma de esa sombra que en el suelo flota...nunca
se alzará...nunca jamás.”

Aquella línea “Y sus ojos son los ojos de un demonio que, durmiendo, las visiones ve del mal” –en el original inglés: “*And his eyes have all the seeming of a demon that is dreaming*”– gravita vaporosa en nuestra imaginación, poblándola de fantásticas pavoras, de terrores deleitables, de ensueños maléficis, de seductoras perversidades: los ojos de un demonio que sueña...En el poema *La Tumba de Edgar Allan Poe*, escribió Stéphane Mallarmé a manera de tributo a las puertas del tiempo:

“quieto bloque aquí caído de un desastre
que este granito al menos muestre para siempre
su límite
a los negros vuelos del Blasfemo dispersos en el futuro.”

Edgar Poe, más tarde Edgar Allan Poe, narrador, ensayista, filósofo, vidente, visionario, alucinado,



poeta lírico, poeta maldito, arquitecto de fantasías delirantes, él mismo: gótico, barroco, romántico, simbolista, viajero que nos lega una señal para el camino: “Aquellos que sueñan de día conocen muchas más cosas que escapan a los que sueñan sólo de noche. En sus grises visiones obtiene atisbos de eternidad y se estremecen, al despertar, descubriendo que han estado al borde de un gran secreto.”

Bibliografía

- Edgar Allan Poe: *Cuentos Completos*. Tomo I. Prólogo, traducción y notas de Julio Cortázar. Círculo de Lectores, Bogotá, 1972.
- Giovanni Papini: *Retratos*. Caralt Editor, Barcelona, 1976.
- Charles Baudelaire: *Edgar A. Poe: Su Vida y sus Obras*.
- Lluís María Todó: *El Simbolismo. El Nacimiento de la Poesía Moderna*. Montesinos, Barcelona, 1987.
- J.A. Pérez Bonalde: *Poesías y Traducciones*. Prólogo y compilación de Edgar Sanabria. Ediciones del Ministerio de Educación Nacional, Caracas, 1947.
- Stéphane Mallarmé: *La Tumba de Edgar Allan Poe*.

* Licenciado en Historia, Licenciado en Letras.
Licenciado en Educación, Mgs. Sc. en Etnología.
camilomoron@gmail.com